

El Kodak de Juan Guerrero, viajero inseparable en los constantes viajes de Juan Guerrero, sacó fotografías de aquella corrida extraordinaria.

Aquellos jóvenes poetas posaban en actitudes toreras, firme la planta, con abertura de compás y brazo jacarandoso apoyado a la cintura. El que más y el que menos tenía semejanza torera, con apostura de Joselito, en el portón de las cuadrillas antes de cruzar el ruedo en la Plaza de la Maestranza en sus tardes toreras. Todos parecían toreros jóvenes, en el grupo fotográfico de Juan Guerrero, aunque eran jóvenes poetas.

Por entonces (quiero recordar poco más o menos), fué el centenario de Góngora, y el gongorismo afiligranado lució su esplendor. Espirales gongorinas se desgranaron en ediciones comentadas, en juicios literarios sobre el poeta cordobés, en poemas y letrillas, ágiles como una larga rítmica de Lagartijo.

Jorge Guillén, ya en Murcia, perfilaba décimas, filigrana de su capotillo mágico, quiebro amarillo en la tarde pajiza de sol en la arena, o verónica rondeña frente al mar, plata y azul, bajo la luz vibrante del verano, como si el poeta brindara en décimas, con giro en redondo de brindis desde el tercio.

